

# “El adiós y triste queja del gran Calendario Azteca”

## El incesante peregrinar de la Piedra del Sol

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

*A mi gran cuate Guilhem Olivier*



Siete movimientos marcan la agitada historia del monolito mexicana. Es un viaje de casi quinientos años que comienza en los pedregales del sur de la Cuenca de México, hace un alto prolongado en la isla de Tenochtitlan y concluye en el bosque de Chapultepec.

Como toda piedra, la del Sol ha tenido como destino rodar y rodar... Una y otra vez ha cambiado su emplazamiento desde aquel remoto año de 1512, propuesto por Hermann Beyer como fecha de su elaboración. A decir de Ezequiel Ordóñez, el origen del monolito más insigne de la civilización mexicana debe buscarse en el sur de la Cuenca de México. El geólogo mexicano dio a conocer esta conclusión en 1893, tras tomar varias muestras de la cara posterior del monolito, analizarlas al microscopio e identificar la materia prima como un basalto de olivino. Este tipo de roca, de acuerdo con Ordóñez, es característico de corrientes inferiores de lava solidificada, próximas a las planicies ribereñas de los antiguos lagos meridiona-

El suizo Johann Salomon Hegi pintó el célebre Paseo de las Cadenas en 1851. Atrás de un fresno se distingue la Piedra del Sol.

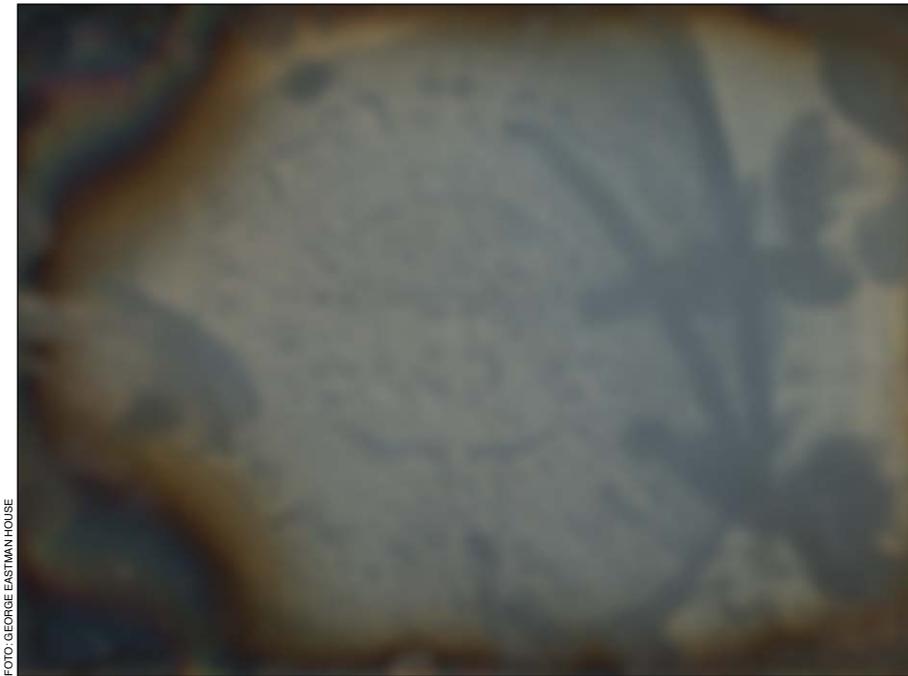


FOTO: GEORGE EASTMAN HOUSE

La Piedra del Sol en un daguerrotipo, al parecer uno de los primeros tomados en México. Probablemente es obra del grabador francés Jean Prelier Dudoille y sería de 1839 o 1840.

simo trabajo, y dedicaronla en el Templo de Huitçilopuchtli...”

El mismo acontecimiento es narrado por Hernando Alvarado Tezozómoc en su *Crónica mexicana*, aunque con importantes variaciones y un delicioso tono fantástico. El historiador especifica que fueron entre diez y doce mil las personas que se dieron cita en el sur de la Cuenca, pero no en Tenanitlan, sino en Acolco, localidad ubicada al sur de Míxquic y Ayotzingo. Tezozómoc también afirma que lo que encontraron fue una prodigiosa roca parlante que se negaba a viajar hasta Tenochtitlan y que, al caer en las aguas de Xoloco, regresó mágicamente a Acolco, frustrando así los anhelos del segundo Motecuhzoma.

Obviamente, no hay forma de discernir si estos pasajes históricos aluden a la Piedra del Sol o a otro monolito de características similares. Tan sólo podemos afirmar que el estilo del monumento mexica pertenece a la llamada época im-

les. Los principales derrames basálticos de la Cuenca—hoy lo sabemos—se encuentran tanto en el área del Pedregal de San Ángel como al sur y el sureste de Xochimilco.

## EL ORIGEN

Décadas más tarde, en 1923, el propio Bayer intentó precisar el origen de la Piedra del Sol. Para ello estableció la conexión entre el insigne monumento y pasajes históricos referentes a una enorme piedra sacrificial que Motecuhzoma Xocoyotzin mandó buscar al sur de la Cuenca en tiempos de su reinado (1502-1520 d.C.). Uno de dichos pasajes se localiza en la *Monarquía indiana* de fray Juan de Torquemada. Allí se afirma que “concurrio grandísimo Gentío de toda la Comarca” a Tenanitlan, es decir, al actual barrio de San Ángel en el sur de la ciudad de México. Ahí hallaron la piedra que requerían, “la movieron de su lugar, y la fueron arrastrando por el Camino, con grandísima solemnidad, haciéndole infinitos, y mui varios, y diferentes sacrificios, y honras”. Pero el infortunio hizo que, al llegar a Tenochtitlan, la piedra se precipitara desde un puente del barrio de Xoloco, sumergiéndose en las someras aguas de un canal. El franciscano concluye el relato mencionando en forma lacónica que, a la postre, “sacaronla con grandí-



REPROGRAFÍA: LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Fotografía coloreada que ha sido atribuida a Guillermo Kahlo, ca. 1882. Debemos recordar, sin embargo, que el padre de Frida llegó a nuestro país cuando la Piedra del Sol ya había sido trasladada al Museo Nacional.

# EL ADIOS Y TRISTE QUEJA DEL GRAN CALENDARIO AZTECA.



Adios, Montepío querido,  
Adios, bella Catedral,  
Me despido ya de ustedes  
Ya me llevan á encerrar.

¡Cuántos lustros yo pasé  
Al pié de ésta hermosa torre,  
Qué inexorable es el tiempo!  
¡Válgame Dios, como corre!  
No hay cosa que no se borre  
Y se pierda en la memoria,  
Ejemplo vivo es mi historia  
Que acertar nadie ha podido;  
¡y triste de mí, me voy;  
Adios, Montepío querido!

Como el Caballo de Troya  
Ya me llevan estirando  
Y los soldados me janan  
Entre gimiendo y llorando.  
Mucho sudor voy costando  
Porque algo pesado soy,  
Para el Museo yó me voy  
Donde me van á encerrar,  
Por eso digo llorando:  
¡Adios, bella Catedral!

Ya no veré más el Zócalo,  
Donde pasea tanta rota,  
Ni á ese muchacho atrevido  
Que echa el agua por la bota.  
No oiré más tocar la jota  
De la hermosa Estudiantina,  
Me voy para la cocina  
Con permiso de usarsedes,  
Pero con gran sentimiento  
Me despido ya de ustedes.

Ya me despido también  
De las demás fuercecitas,  
De cocheros y lacayos,  
Y de las lindas gatitas,  
Ya jamás oiré sus cuitas  
Ni lances de sus amores.  
Adios, árboles y flores,  
Adios, también barandal,  
A la prision del Museo  
Ya me llevan á encerrar.

miyama o de Barber, respectivamente. Los especialistas coinciden en afirmar que la piedra fue conducida al interior del recinto sagrado de Tenochtitlan, donde hizo las veces de *cuauhtxicalli* (ara para corazones), de acuerdo con algunos, o de *temalácatl* (cilindro para el sacrificio gladiatorio), según otros.

## A LA PLAZA MAYOR

Poco después de la caída del imperio mexicana en 1521, la Piedra del Sol sería objeto de un *segundo movimiento*, pero ahora de unos cuantos cientos de metros y en dirección sur. Por razones que desconocemos, los conquistadores decidieron sacar el pesado monolito de los terrenos que ocupó el recinto sagrado, acarrearlo a todo lo largo de la Plaza Mayor (el actual Zócalo), y dejarlo tirado con el relieve hacia arriba justo al norte de la acequia real y al oeste del palacio virreinal. En ese emplazamiento quedó expuesto durante décadas, tal y como lo mencionan varias fuentes coloniales.

## SU ENTERRAMIENTO

La permanencia de la Piedra del Sol en plena vía pública y su *tercer movimiento* son consignados en la *Historia...* de fray Diego Durán. El dominico nos dice al respecto:

La una [piedra] de las cuales vimos mucho tiempo en la Plaza Grande, junto a la acequia, donde cotidianamente se hace un mercado, frontero de las casas reales; donde perpetuamente se recogían cantidad de negros a jugar y a cometer otros atroces delitos, matándose unos a otros. De donde, el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Alonso de Montúfar... la mandó enterrar, viendo lo que allí pasaba de males y homicidios, y también a lo que sospecho, fue persuadido la mandase quitar de allí, a causa de que se pudiese la memoria del antiguo sacrificio que allí se hacía (Durán, 1984, vol. 1, p. 100).

En pocas palabras, la Piedra del Sol fue sepultada por la supuesta influencia perniciosa que ejercía en los habitantes de la ciudad. Este curioso hecho aconteció en algún momento entre 1551 y 1572, años que marcan el nombramiento de Montúfar como segundo arzobispo de México y su muerte. Por la manera en que fue redescubierta más de dos siglos después, es claro que

Arriba y página siguiente: Hoja volante, publicada en agosto de 1885, recientemente descubierta en la antigua biblioteca del Musée de l'Homme (hoy en el Musée du Quai Branly) de París. El bibliófilo y editor José Antonio Pérez Porrúa posee otro ejemplar de este valioso documento que contiene un poema sobre el traslado de la Piedra del Sol.

perial tardía y que, por lo mismo, habría sido esculpido poco antes de la llegada de los españoles.

Cualquiera que sea el caso, lo interesante es que la Piedra del Sol, con sus 24.5 toneladas de peso, tuvo que ser arrastrada aproximadamente entre 12 y 22 kiló-

metros. Si tomamos en consideración que este *primer movimiento* se hizo sólo con ayuda de cuerdas, palancas y rodillos, podemos calcular que fueron necesarios 363, 530, 730 u 816 individuos; el número a elegir depende de si aplicamos la fórmula de Heyerdahl, de Atkinson, de Kaga-

No se juzguen muy seguros  
Los que se hallan elevados,  
Miren que á mí me bajaron  
A impulso de los soldados.

Ya permitieron los ados  
Sea por mi bien ó mi mal,  
El que triste me despida  
Del Gran Teatro Nacional.

Lo mismo del Principal,  
Y del de Hidalgo, en Corchero,  
Adios, edificios todos  
Pues ya siento que me muero.

Adios, kiosko de cristal  
Donde se venden las flores,  
Cerro de Chapultepec,  
Adios, panteon de Dolores.

Adios portales queridos  
De Flores y Mercaderes,  
A donde dejo á Martinez  
Comerciendo con papeles.

Adios, chica Callejuela,  
Tambien tú Diputacion,  
Ya me llevan arrastrando  
A una lóbrega prision.

Este último adios postrero  
Se lo digo al que sin seso,  
Piense que peso cual pluma  
Y que me levante en peso.

Adios, mexicanos todos,  
Si verme, tienen deseo,  
Dentro muy poco parado  
Me verán en el Museo.



MEXICO, AGOSTO DE 1885.

Prop. de A. Vanegas.—Tip. y Encuadernacion, Encarnacion números 9 y 10.

REPROGRAFÍA: LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Montúfar dispuso enterrar el monolito a una profundidad mínima de la superficie y con el relieve hacia abajo.

## SALE A LA LUZ

El *cuarto movimiento* corresponde al 17 de diciembre de 1790. La entonces llamada Plaza Principal era escenario de intensos trabajos de nivelación y empedrado que habían sido ordenados por el virrey conde de Revillagigedo. Según informó en un ofi-

cio el maestro mayor José Damián Ortiz al corregidor intendente Bernardo Bonavía y Zapata, la Piedra del Sol se halló boca abajo, a escasa media vara de profundidad (41.8 cm), 80 varas (66.87 m) al poniente de la segunda puerta del Real Palacio y 37 varas (30.92 m) al norte del Portal de las Flores. Con toda seguridad fue sacada del fango con un “aparejo real a doble polea”, tal y como se hizo con la escultura de Coatlícue cuatro meses atrás. De esta manera, el gran disco solar quedó a un lado de la

excavación y en posición vertical. Antonio de León y Gama asistió diligentemente a este lugar para analizar en forma concienzuda el complejo simbolismo del nuevo monumento. El astrónomo y anticuario refiere que la “gente rústica y pueril” pronto comenzó a dañar los relieves, razón por la cual hizo que el grabador Francisco Agüera los dibujara.

En aquellos días, los doctores José Uribe y Juan José Gamboa, comisarios de la fábrica de la Catedral, gestionaron ante el virrey la posesión de la Piedra del Sol. En una misiva del 30 de agosto de 1795 enviada al historiador jesuita exiliado Andrés Cavo, León y Gama cuenta indignado que ya se había determinado que el monolito...

se pusiese de piso delante de las gradas de la puerta principal de la Iglesia Cathedral; ya se dexa conocer, que el animo era, sepultar otra vez lo labrado, dexando arriba la superficie plana. Quando lo supe, pasé á vér al S.<sup>OR</sup> D.<sup>R</sup> D.<sup>N</sup> Joseph Uribe, uno de los comisionados de la fabrica de la Iglesia, y le hice presente lo mucho q.<sup>e</sup> se estaba gastando en la Italia, y en otros Países cultos de la Europa para descubrir monumentos de la Antigüedad gentilica; y que aqui se havian de abandonar los que la contingencia nos ofrecia, unicos en su especie para ilustrar la Historia mexicana, que estaba tan obscura.

Tal reclamo parece haber tenido como efecto positivo que Revillagigedo concediera la piedra, pero con la condición de que quedara en un sitio protegido y con los relieves visibles. En efecto, en su *Descripción histórica y cronológica...*, León y Gama asienta: “se hizo entrega de ella de orden verbal de S.E. á dichos señores comisarios... bajo de la calidad de que se pusiese en parte pública, donde se conservase siempre como un apreciable monumento de la antigüedad indiana” (León y Gama, 1792, pp. 11-12).

## A CATEDRAL

El “Diario curioso de México” del alabardero granadino José Gómez (1986, p. 40) registra que el *quinto movimiento* comenzó el 2 de julio de 1791, cuando “llevaron la piedra que estaba en la plaza grande (que era almanaque de los indios gentiles) a el cimiterio de la catedral: no sabemos a dónde la pondrán”. La Piedra del Sol fue entonces transferida a la torre nueva —la



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

La Piedra del Sol en la Galería de Monolitos del Museo Nacional. Foto de Alfred Briquet, fines del siglo xix. Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología.

occidental— de la Catedral y colocada en su base por el lado que ve al poniente. Ahí la admiraron visitantes tan distinguidos como el comandante italiano Alessandro Malaspina y el sabio prusiano Alexander von Humboldt, y ahí la dibujaron el alemán Carl Nebel, el italiano Pietro Gualdi y el suizo Johann Salomon Hegi. En ese mismo sitio, el inglés William Bullock montó un andamio en 1823 para elaborar una impresión en yeso que llevaría dividida en partes a Londres; esta impresión sirvió como molde a una réplica del monumento mexicana que fue exhibida con gran expectación en el Egyptian Hall de Piccadilly. Lamentablemente, al quedar a la intemperie a un lado de la Catedral, la Piedra del Sol sufrió las inclemencias del tiempo, y se convirtió en víctima del populacho, que le aventaba basura, y de los soldados norteamericanos, que la usaron para practicar el tiro al blanco en los días de la ocupación de 1847. Por ello, tan temprano como 1822, el político jalisciense Simón Tadeo Ortiz Ayala propuso infructuosamente resguardarla en la entonces Academia Imperial de Nobles Artes.

## A LA GALERÍA DE MONOLITOS

El *sexto movimiento* de la Piedra del Sol tuvo que esperar hasta agosto de 1885. En aquel mes se llevó al Museo Nacional para

ocupar la parte central de la Galería de Monolitos, la cual sería inaugurada dos años más tarde. El traslado a la antigua Casa de Moneda se hizo gracias a la iniciativa y el empeño de su director, el doctor Jesús Sánchez. El acontecimiento quedó con-signado en la prensa; por ejemplo, el número 180 de *El Monitor Republicano*, con fecha de 29 de julio de ese año, acota lo siguiente:

EL CALENDARIO AZTECA.— Leemos en un periódico de la capital: “El que todos conocen, situado al pié de una de las torres de Catedral, desaparecerá en estos días de aquel sitio para ser trasladado al Museo Nacional. Queden así entendidos los que preguntan á toda hora del día qué se va á hacer con el calendario”.

Por su parte, el arqueólogo Leopoldo Batres, testigo presencial de este movimiento, nos da mayores detalles. Apunta mordazmente que, tiempo atrás, varios exdirectores del Museo habían querido hacer la traslación y que para ello consultaron a un arquitecto de gran reputación:

Después de largas meditaciones é ingeniosos aparatos y un presupuesto de dos mil pesos, resolvían que bajo todas estas condiciones, y construyendo una vía férrea desde el lugar á donde estaba colocado el Calen-

dario hasta el interior del Museo Nacional, se atrevían á llevar á cabo tan difícil como peligrosa operacion; pero que desde luego salvaban su responsabilidad en cualquiera desgracia.

El Sr. Sanchez, no queriendo seguir la práctica de sus antecesores y con el valor y audacia que se requiere en estos casos, sin más aparatos que cuatro gatos, seis poleas diferenciales, una plataforma, una media docena de vigas, y por todo arquitecto el maestro mayor de la maestranza de artillería, Sr. Juan Suarez (habilísimo operario digno de toda mención y elogio por lo bien ejecutado de las maniobras), cinco maestranceros y una fagina de 20 soldados que se turnaban de diversos batallones, en el término de quince días trasladó el monolito al Museo Nacional á donde se halla hoy sano y salvo, y sin más gasto que seiscientos pesos en lugar de dos mil pesos á que subía el presupuesto de los facultativos (Batres, 1888, pp. 5-6).

Con toda seguridad, los habitantes de la ciudad habrán prestado muy poca atención a las consideraciones técnicas y presupuestarias de Batres. En cambio, es claro que recibieron con tristeza la decisión del traslado, pues estaban a punto de perder un referente urbano fundamental, un monumento que al transitar frente a la Catedral les evocaba un pasado glorioso y que sintetizaba en su materialidad una identidad compartida. Este sentimiento de desconuelo queda patente en una hoja volante (que se reproduce en la p. 81) que circuló en aquellos días por las calles de México y que el autor de este artículo encontró hace unos cuantos años en la biblioteca del Musée de l’Homme de París, encuadrada en el interior de un ejemplar de la edición de 1832 de la *Descripción histórica y cronológica...* de León y Gama. La hoja volante en cuestión fue impresa en la Tipografía y Encuadernación de Antonio Vanegas Arroyo, situada en los números 9 y 10 de la calle de la Encarnación (hoy Luis González Obregón). Gracias al análisis de la doctora Norma Román Calvo de la UNAM, sabemos que el texto fue redactado en versos octosílabos por un poeta popular anónimo: comienza con una cuarteta, es seguido por cuatro décimas y concluye con ocho cuartetos más. Las cuartetos asonantan el segundo y el último de sus cuatro versos; en cambio, las décimas, que constan de diez, riman el se-

gundo con el cuarto y el quinto; el sexto con el séptimo, y el octavo con el décimo. De manera sugerente, la piedra recupera en estos versos tanto la facultad del habla mencionada por Tezozómoc como su rotunda negativa a ser conducida a un destino no deseado. En este caso, sin embargo, no logra impedir su transformación de testigo de una agitada vida callejera a simple objeto museístico.

El texto, vale la pena comentarlo, está acompañado por dos grabados al buril en placa de zinc: vemos la Catedral y el Paseo de las Cadenas en el anverso y el escudo nacional en el reverso. Aunque ninguno de ellos está firmado, su estilo *naïf* y rígido nos revela que son obra de Manuel Manilla (1830-1895), antecesor

de José Guadalupe Posada en el taller de Vanegas Arroyo. Manilla laboró ahí entre 1882 y 1892, y realizó más de 500 grabados. Se especializó en publicaciones infantiles, cancioneros populares, portadas de libros a la rústica, carteles de espectáculos, anuncios publicitarios, textos escolares y hojas volantes como la que se publica por primera vez en esta revista.

Volviendo a la Galería de Monolitos, éste fue el nuevo recinto que abrigó a la Piedra del Sol durante casi ocho décadas. De manera inmediata, la piedra se convirtió en icono del museo, imagen típica de tarjetas postales y fondo obligado para las fotografías de funcionarios y visitantes distinguidos.

## AL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Este largo recorrido de casi cinco siglos concluye el 27 de junio de 1964, cuando tiene lugar el *séptimo movimiento*. Aquel sábado memorable, la Piedra del Sol viajó con rumbo al occidente, hasta llegar al bosque de Chapultepec. El traslado, según una crónica publicada al día siguiente en el diario *Excélsior*, se hizo sobre una plataforma de cemento y acero sostenida por 16 ruedas. El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y los profesores Eusebio Dávalos, Luis Aveyra y Carlos Martínez Marín supervisaron la operación, en tanto que Pedro Meza Aceves tuvo la responsabilidad de conducir el tractor de 290 caballos de fuerza que remolcó la plataforma. A las 10 de la mañana y al son de “Las golondrinas”, el monolito dejó para siempre el inmueble de Moneda 13, pasó luego frente a la Catedral, y transitó lentamente a un costado de la Alameda y a lo largo del Paseo de la Reforma. En tan sólo una hora y quince minutos, la piedra llegó al flamante Museo Nacional de Antropología, ese templo que Octavio Paz comparó en *Posdata* con un espejo agigantado que refleja el mito de Tenochtitlan, “con su Huitzilopochtli y su madre Coatlicue, su tlatoani y su Culebra Hembra, sus prisioneros de guerra y sus corazones-frutos-de-nopal”.

¿Cuál será el octavo movimiento? 🌀

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris X-Nanterre. Director del Proyecto Templo Mayor, INAH. Profesor de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía.

### PARA LEER MÁS...

- BATRES, Leopoldo, *IV Tlalpilli. Ciclo o Período de 13 años. Piedra del Agua Descifrada por Leopoldo Batres*, Imprenta del Gobierno Federal, México, 1888.
- BEYER, Hermann, “Algunos datos nuevos sobre el Calendario Azteca”, en *El México Antiguo*, vol. X, 1965, pp. 261-265.
- DIÁZ R., Regino, “La Piedra del Sol, en Chapultepec”, en *Excélsior*, núm. 17307, 28 de junio de 1964, pp. 1 y 10.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de la Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, 2 vols., México, Porrúa, 1984.
- GÓMEZ, José, “Diario curioso de México (1789-1794)”, en José Gómez, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, paleo., introd., notas y biblio. por Ignacio González-Polo, México, UNAM, 1986, pp. 1-104.
- HEIZER, Robert F., y Howel Williams, “Geologic Notes on the Idolo de Coatlinchán”, *American Antiquity*, vol. 29, núm. 1, 1963, pp. 95-98.
- LEÓN Y GAMA, Antonio, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*, Imprenta de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, México, 1792.
- LÓPEZ CASILLAS, Mercurio, *Mannel Manilla: grabador mexicano*, Editorial RM, México, 2005.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *La Piedra del Sol. Calendario Azteca*, México, 1992.



FOTO: ARCHIVO DEL ARQUITECTO PEDRO RAMÍREZ VÁZQUEZ

El último movimiento de la Piedra del Sol se hizo en junio de 1964. Aquí se ve el monumento a punto de abandonar el patio del antiguo museo de la calle de Moneda.